



## LOS CONCIERTOS DE PADEREWSKI

**H**UZGAR, y con acierto, de un artista que viene á nosotros rodeado de un nimbo de celebridad, que fugazmente pasa por nuestro teatro adaptado á Sala de Conciertos, que después de dos audiciones deja aún indecisos á algunos (aunque pocos) respecto de su legítimo valor, y acerca de quien se pronuncian fallos contradictorios y—según nuestros hábitos y manera de ser—poco menos que inapelables; expresar un juicio sereno en tales circunstancias y aventurar una opinión que merezca crédito, son cuestiones

tan azarosas que de buena voluntad renunciaríamos á abordarlas, si no nos lo impidiese el amistoso compromiso que tenemos contraído con los Editores de la GACETA MUSICAL.

Por otra parte, ni nuestros juicios ni los del público, en el concepto de que pudieran ser desfavorables, en nada afectarían la sólida reputación de Paderewski, reputación conquistada en centros que, dígase lo que se quiera, están muy por encima de nosotros en cuanto á educación y cultivo artísticos. Lo que á nosotros nos sorprende ó lo que á algunos desagrada en Paderewski, es familiar en otros países que pueden juzgar por comparación y tradición, por una educación musical de que aún carecemos desgraciadamente y previo un criterio formado en atmósferas más ó menos artísticas, pero de todas suertes, bien distintas de la que á nosotros nos rodea. Seamos francos, en suma, y digamos con lealtad que, si bien Paderewski es un artista desigual, caprichoso y censurable en algunos puntos, á la luz de una crítica severa, hosca y con intención hostil inspirada en exigencias muy discutibles, también es un pianista genial, original en su interpretación, novedoso en sus arranques, extrañamente inspirado en frecuentes ocasiones. y que transporta y eleva con su manera especial de decir en el instrumento como quizás ningún otro lo puede lograr en la actualidad.

¡Incorrección, técnica defectuosa, caprichos de interpretación, afectación, falso sentimiento! Dios sabe cuántas censuras escuchamos murmuradas á nuestro redor. . . . .! Palabras, palabras, palabras! En arte, nos basta con la emoción, y ésta, lealmente lo decimos, la experimentamos en muchos momentos sin preocuparnos de detalles técnicos de escuela que, en todo caso, son *medios* y nunca *fin*. Con haber sido tan grandes Liszt y Rubinstein, su grandeza habriase desmenuado ante el rigor de la crítica que no transpasase los umbrales de la materialidad y el tecnicismo. . . .

Nos asombramos efectivamente con los rudos arranques de Paderewski que parece mostrarse orgulloso de hacer esclavo á su instrumento y galardear de aparecer cual señor suyo que lo fustiga con crueldad que mueve á compasión. ¿Cómo no se sentirían asombrados los complacientes fabricantes de pianos, quienes, á la vuelta de tres ó cuatro audiciones de Rubinstein, veíanse comprometidos á proporcionar nuevo instrumento al colosal. . . . y destructor artista. . . .?

No queremos ni debemos juzgar á Paderewski desde el mezquino punto de vista en que muchos se han colocado; poco nos interesa que en tal ó cual composición haya deslizado una nota de más ó divagádose con un adorno de ménos; que en el manejo del pedal no obedeciese á un imposible rigor matemático ó que en la interpreta-

ción de tal ó cual obra la observancia de preceptos y matices no se hubiese sujetado al servilismo de lo escrito; poco nos interesa todo eso y más de que la hostilidad podría acusar al admirable artista: el intérprete—á nuestro juicio—tiene sus derechos, y sus derechos muy amplios, cuando está en aptitud de *crear* interpretando (cual realizábalo Liszt), cuando puede hacer sentir poderosamente el influjo de su propia inspiración y compartir la gloria de los creadores.

Pero ¿son ilimitadas las licencias consiguientes y las arbitrariedades? se nos preguntará. Evidentemente que nó, y he aquí lo que revela el criterio y tino del artista ejecutante. En la mayor parte de sus interpretaciones Paderewski ha salvado el escollo mostrándose pianista verdaderamente genial—díganlo sus originales ejecuciones en casi todas las obras de Chopin;—en otras, justo es decirlo, su temperamento y su sentimiento especial opónense á que salga victorioso—atestígualo su interpretación de Beethoven, la de la Sonata en *Do* mayor especialmente. Y es que, por afinidades de sentimiento, de ese temperamento á que antes nos referimos, por ascendientes de nacionalidad y por inclinación, quizás bien explotada en su enseñanza, Paderewski estuvo predestinado á ser el elegido como intérprete del poeta del piano. Para esto y para ser un gran pianista, no basta la técnica como aconsejaba falsamente Liszt en una ocasión; para esto,

para identificarse con un compositor de los vuelos de Chopin, necesitase algo más que esa famosa técnica al alcance de todo—no vellocino de oro sino amuleto de oropel—necesítase alma, alma y alma, y ¡vaya si la de Paderewski es grande cuando inunda las salas de conciertos y palpita en los millares de corazones que arrebató!

Han surgido comparaciones que naturalmente habíanse de provocar en estos momentos. Se ha pronunciado el nombre de D'Albert, cuyo recuerdo palpita aún entre nosotros y entre nuestros artistas después de doce años lenta y ventajosamente transcuridos para el Arte en México. Y bien, no tenemos empacho en pronunciar ese respetado nombre á nuestra vez: la clara y deslumbradora luz de un astro no ofusca los reflejos dulces y tranquilos de otro de grandes magnitudes también. D'Albert y Paderewski, son ambos artistas admirables que no hay por qué poner frente á frente toda vez que giran en órbitas distintas. D'Albert es el grande, sublime, excepcional pianista clásico: Paderewski es otro grande y excepcional poeta del piano; un bardo romántico que conquista amores y gana corazones. La garra del león, junto al cutis de rosa de una mujer ideal. . . .

Y si esto no es exacto, si las ovaciones de todos los públicos—inclusive la extraordinaria tributada al pianista polaco por el nuestro—no son

más que aberración y rudos ataques á una verdad ignorada, entonces. . . coloquemos un negro crespón sobre nuestras conciencias, entonemos compungidos el *mea culpa*, contrariemos nuestra emoción, y esperemos, esperemos, que quizás no tarde en surgir el ansiado Mesías. . . .

Marzo 15 de 1900.

